

Cuando mueren las **luciérnagas**

Rafael Ruano Mariño




EDITORIAL
UCR



Cuando mueren las luciérnagas

Rafael Ruano Mariño



EDITORIAL
UCR

CR863.44

R894c

Ruano Mariño, Rafael, 1940-

Cuando mueren las luciérnagas / Rafael

Ruano Mariño. – 1. ed., – San José, C.R. : Edit.

UCR, 2010.

xvi, 561 p.

ISBN 978-9968-46-203-7

1. LITERATURA COSTARRICENSE –
NOVELA. I. Título.

CIP/2108

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2010

Corrección filológica: *Esteban Ureña*. • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández*.

Diseño y diagramación: *Alejandra Ruiz*. • Control de calidad: *Wendy Aguilar G.*

Ilustración y diseño de portada: *Eugenia Murillo*.

Muchos de los hechos descritos en este libro son ciertos, pero se cambiaron nombres, caracterizaciones y circunstancias de los personajes para proteger su privacidad y para que nadie sepa si la ficción utilizada es una mentira construida desde la verdad, o una verdad construida desde la mentira.

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión parcial de 300 ejemplares, realizada en la Sección de Impresión del SIEDIN,
en agosto de 2010. Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio San José, Costa Rica.

IG 219

Índice

Presentación.....	ix
Prólogo.....	xi
Visitas a mi madre.....	1
Quizás alguna vez la quise.....	18
Pozoblanco, España, 1937.....	43
Galicia.....	56
Mi familia paterna.....	70
Después de la Guerra Civil.....	87
Monteiro, 1939, historia de un parto sin pena ni gloria.....	105
México D.F., al comienzo de la década de los años cuarenta.....	120
La aventura “tica”.....	131
Puerto Limón, Costa Rica, 1944.....	146
Mi desabrida y confusa primera infancia.....	155
El pasado feliz estaba demasiado cercano.....	182
La vuelta a la realidad.....	190
Limón en la historia.....	202
Mis dos ángeles.....	218

La abuela y los espíritus.	238
Mi familia se consolidaba poco a poco	250
El kinder y la escuela	265
¡Un bebé precioso!.....	304
¿A quién quieres más, a tu mamá o a tu papá?	327
Mis otros maestros	335
Desde que perdí la que tenía, busqué una fe que la reemplazara	354
Mis años de monaguillo	378
Traslado a San José	404
Entre otras cosas aprendí a bailar	421
Iris, o crónica de un desastre más que anunciado	456
A freírse y aguantarse.....	471
Visitas a la casa paterna	483
El fin del amor eterno	495
Las cuatro estaciones	516
“Y no te pude abrazar”.....	536
Epílogo.....	549
Acerca del autor	560

Visitas a mi madre

Yo vivía en Costa Rica, pero todos los años hacía el esfuerzo por desembolsar el costo del pasaje de avión para visitar a mi madre en Madrid. El resto del año lo pasaba intentando poner en orden mis sentimientos de culpa por no visitarla más a menudo, por no hacer nada para que viniera a vivir conmigo, o por no sentir hacia ella amor o lo que debería haber sentido según lo que dictan las normas religiosas y los preceptos morales. Mi excusa de siempre era que el sueldo de maestro no me daba para pagar aquellos dispendiosos viajes. Así creí yo que mitigaba o disimulaba mi falta de interés.

Aquella visita en particular tendría un especial significado por ser la última antes de que ella muriera. En anteriores ocasiones, me solía hospedar en una pensión cercana y pasaba con ella los días y parte de las noches. En cada viaje hacía las paces con mi conciencia y creía por lo menos cumplir con los cánones y con mi fuero interno.

Cuando se iniciaron las visitas, ella parecía disfrutar cuando la invitaba a comer en el restaurante chino, o en el de la esquina de abajo, La Barrera N.º 7, donde hacían una rica paella. Luego no se daba cuenta de nada; durante los últimos años nunca estuve seguro de si ella sabía que era

su hijo, si en alguna forma me asociaba con su pasado real o si me veía como un extraño más que se le acercaba con las ocultas intenciones que solo su mente perturbada por la edad era capaz de imaginar.

Tenía 86 años. Padecía de cataratas y veía todo borroso, aunque su vista mejoraba un poco usando unos anteojos de mucho aumento. Cuando se maquillaba, se le corría el lápiz de cejas por la frente porque la pobre no veía muy bien lo que hacía. Estaba pasada de peso y dormía mal. Era evidente cómo le costaba trabajo caminar y que ya los huesos no la aguantaban. Se le había caído casi todo su pelo. Veía televisión todo el día y toda la noche, pero tenía que subirle mucho el volumen porque tampoco los oídos le funcionaban como cuando joven; a veces se le olvidaba cómo se encendía o se le cambiaban solos los canales y entonces tenía que pedirle ayuda a una vecina, la cual, cada vez que bajaba a ayudarle, se llevaba “de recuerdo” un cenicero de plata o un adorno que había estado por años en la familia.

Vivía sola en un pequeño apartamento del Barrio Salamanca, una jurisdicción de Madrid que alguna vez fue aristocrática y céntrica, hasta que fue tomada subrepticamente por las fuerzas vivas de la clase media trabajadora, pero la pobre mujer estaba expuesta a los infartos del miocardio y otras dolencias propias de la vorágine que envuelve y arrastra hoy en día a las personas comunes y corrientes. Habían pensado pasar allí sus últimos días, pero no pudieron porque Antonio, mi padre y su esposo desde hacía 40 años, había muerto al poco tiempo de mudarse sin haber disfrutado mucho ni de su jubilación ni de sus últimos años, como era su intención. Así es la vida, nos cargamos de intenciones, pero nos hacen regresar a la realidad a golpes y porrazos.

Aquella fue la última casa de mis padres. En el frente tenía un balcón con una maceta sembrada de geranios

rojos que daba a un parqucito pequeño de la Calle Gómez Ulla, en el que solo había lugar para un gran árbol que creció tanto que en primavera sus ramas se confundían con los geranios del balcón. Cuando se llenaba de hojas, el cortinaje verde natural impedía que el sol entrase de lleno y calentase la casa demasiado. En primavera, sus ramas lanzaban al aire un baño de polen que pintaba el balcón de un verde más claro e impregnaba todo con el aroma de la estación. En invierno, el árbol se quedaba desposeído, atribulado, vestido con algunas ramas medio secas que colgaban despistadas de su tronco, esperando que pasara el frío para recuperar la vida.

Aquel árbol se debe de preguntar ahora dónde están los que habitaban allí y de vez en cuando se asomaban a admirarlo. Sin embargo, ahora se asoman otros y no pasa nada; todo sigue igual.

Por una de las ventanas laterales se veía la Plaza de Toros Monumental, una joya arquitectónica madrileña, como tantas otras en esa enorme ciudad. En España se construyeron grandes obras desde que el primer ser humano se asentó en la tierra por primera vez. Es un país habitado por pasados más que por futuros.

Del otro lado de la calle está el Parque Evita Perón. Perón y Franco eran muy buenos amigos. Mi madre retiraba su vista cuando pasaba por delante de la placa conmemorativa de cuando los tres lo inauguraron y siempre mascullaba entre dientes algo como: “¡Buenos compinches eran esos!; ¿cuántos muertos y desaparecidos pesarán sobre sus conciencias?”

Los muebles eran antiguos, pero elegantes y de excelente calidad. A la entrada había un recibidor pequeño. Allí, mirando hacia la puerta, estaba el reloj Jurgens alemán que una vez mi abuela había comprado en La Habana. Era uno

de esos relojes de péndulo de mediano tamaño; daba los cuartos y las horas con una envidiable sonoridad. Había acompañado a la familia toda la vida en tres países de dos continentes. Estuvo en todas las casas en las que habían vivido. Si alguien hacía un comentario sobre su antigüedad, mi madre contestaba que no era para tanto porque ella tenía su misma edad.

¡Cuántas veces me había tendido frente a él, en el suelo de diferentes casas, para escuchar su hipnótico tic-tac! Marcó los segundos de todos los miembros de la familia y los seguirá marcando cuando los vivos ya no estén. Entonces otros entrarán a formar la familia y recordarán sin gran interés a “los antepasados de las fotos amarillentas, con aquellas ridículas vestimentas”. Y la vida seguirá cumpliendo con su ciclo implacable y riguroso, independientemente de los nombres que pasaron sin dejar huella aparente en la historia de la humanidad. A los relojes les pasa lo mismo que a los árboles porque sobreviven a los muertos indiferentemente.

En algunos rincones de la casa se veían fotos familiares de cuando todos éramos jóvenes. Una de las muchas manías de mi madre consistía en no tener en la casa fotos suyas al lado de familiares o amigos que tuvieran más de treinta años de edad. Decía que debía recordarse a las personas cuando eran jóvenes, porque para ella no había nada más espantoso que la vejez, a la cual le tenía un descomunal e irracional pánico. Siempre intentó disimular las arrugas y otras señales de envejecimiento con pomadas u otros potingues que le recetaba su amiga la farmacéutica de la esquina; se los aplicaba regular y rigurosamente intentando detener aquel inexorable proceso, tan deprimente para ella.

Por la misma razón, tampoco soportaba los espejos grandes. Hacía muchos años había existido en su dormitorio una gran cómoda antigua de ébano con un enorme

espejo que llegaba casi al techo. Frente a la cómoda estaban las camas gemelas, en una de las cuales mi padre exhaló su último suspiro. La última vez que entré en la habitación, entre gran número de cajas y bultos de ropa vieja desperdigados por todo el cuarto, pude ver que la cómoda estaba en el mismo lugar de siempre, pero sin el espejo. Había decidido un día despegarlo de la cómoda y regalárselo a alguien. Sin embargo, en una de las repisas del mismo mueble tenía un espejo pequeño de maquillar de gran aumento, frente al cual se pasaba las horas aplicándose sus mejunjes.

En los estantes del librero de la sala había algunos recuerdos de mi padre, como una medalla de oro que había ganado jugando baloncesto. En 1936 España quedó subcampeón de Europa y él había sido el delantero centro de ese equipo. Fue la primera medalla que ganara España en una competencia internacional de baloncesto. Estaban algunos de sus libros favoritos, especialmente las Obras completas de Ortega y Gasset, Tres ensayos sobre la vida sexual, Amiel, Gordos y flacos, El conde duque de Olivares, Tiberio o El resentimiento y otros títulos del mismo autor. También estaba La evolución de las especies, de Theillard de Chardin. De todos ellos, La rebelión de las masas, de Ortega y Gasset, era su Biblia personal y la citaba en innumerables ocasiones. En un rincón descansaban empolvadas las Lecciones de patología médica, de Jiménez Díaz, uno de sus profesores en la Escuela de Medicina. Ese libro había cargado polvo por medio siglo en diferentes países. Encima del librero lucían dos bandejas de plata que le regalaron sus compañeros de trabajo cuando se jubiló.

La sala formaba parte del conjunto de la sala-comedor y estaba dominada por un gran televisor alemán y enfrente unos muebles de damasco marrón, muy acolchados, de los que se hunde uno en ellos al sentarse. El piso era de madera de parqué, que era de lo que estaban hechos los pisos de los

palacios de la Edad Media y por eso mi madre decía que las casas españolas que presumían de elegantes debían tener pisos de parqué.

Me senté en el sofá. Ella lo hizo en uno de los asientos individuales que estaban directamente frente al televisor. Esperé que me ofreciera un café o un refresco, pero su actitud era casi de indiferencia, igual que lo fue su saludo, a pesar de que hacía un año que no nos veíamos. Ella miraba nerviosamente a su alrededor, como esperando que se acabara pronto la inesperada irrupción de su intimidad que percibía como una violación a su estilo de vida.

No se daba cuenta del polvo que cubría muebles, alfombras y lámparas. Varias telarañas adornaban los espacios entre los muebles y el techo, dándole al aposento una apariencia lúgubre y tenebrosa, como de una vieja película de vampiros de Boris Karloff. Incluso las paredes blancas estaban llenas de mugre y pringues. Su escasa vista le impedía ver la suciedad. Solo sospechaba que algo pasaba cuando percibía los malos olores que emanaban del baño, de la cocina o de cualquier otro e insospechado lugar. Los vidrios que daban a la calle estaban cubiertos de una capa blanquecina, como si los hubieran intentado limpiar con un trapo húmedo y sucio. El baño olía a muchas cosas, pero especialmente a orines rancios. Encima de la cortina plástica y en los toalleros colgaba su ropa interior; cuando se abría la puerta, la disposición de la ropa recordaba las formas de un espantapájaros, como los que usan los agricultores para mantener alejados a los cuervos. Insistía en lavar la ropa interior y las medias en el baño porque decía que no valía la pena encender la lavadora, pero la verdad es que se le había olvidado cómo hacerla funcionar. Además de los bultos de ropa usada de su habitación, había periódicos amarillentos apilados en el baño, en la cocina, por los pasillos... por todas partes. A pesar de que se lo pregunté

muchas veces, nunca pude averiguar la utilidad o el uso de tantos periódicos que acumulaba sin aparente razón.

—¿Cómo te va, mamá?

—A mí me va bien, ¿por qué? —me contestó con frialdad.

Estaba a la defensiva, pero me miraba de frente y fijamente. Siempre hacía lo mismo cuando estaba en pie de guerra; desde joven acostumbraba a escudriñarme con la mirada, como buscando ocultas intenciones en mis palabras o gestos que pudiera después reclamarme. Era como estar metido con ella en un ring de boxeo, analizando por dónde venían los golpes y capeándolos como se pudiera, al mismo tiempo que debía reprimir cualquier asomo de hostilidad y cuidarme muchísimo de no ofenderla, porque al fin y al cabo era mi madre, a quien le debía mi vida. En su interior tenía que manejar aquella sobrecogedora ambivalencia de saber que, aunque no me naciera, debía respetarla y estarle eternamente agradecido por haberme traído al mundo o por haber sacrificado tantas horas de su vida cuidándome cuando me enfermaba, o cuando me amenazaba algún peligro. Era el juego de la inagotable e irresoluta ambigüedad, el enigma de la vaguedad y de las conciencias encontradas.

—Espero que no hayas tenido que dejar nada importante para venir a verme —me dijo ella con toda la intención de puyarme para ver qué pasaba.

—Mamá, vine a España exclusivamente para verte, igual que todos los años.

—¡Sí, sí!... —contestaba ella con una entonación de sarcasmo absoluto y puro. Daba la impresión de haber estado practicándolo por muchas horas antes de mi llegada, como hacen las actrices de teatro. Nadie en este mundo podía alcanzar el grado de sarcasmo que mi madre

había perfeccionado y derrochaba en tantas ocasiones con todos, pero especialmente conmigo.

Vestía un camisón de dormir debajo de una bata azul celeste que fácilmente tendría unos quince años de uso casi constante. Se había puesto alguno de sus menjunjes en la cara y en las piernas, y mientras hablaba conmigo, se daba masajes que parecían tener la intención de que se introdujeran en la profundidad de su anatomía a través de los poros.

—La casa está igual que siempre, mamá. Has pasado aquí la mitad de tu vida.

—He pasado sola, no la mitad, sino toda mi vida. Pero me siento mejor estando sola, no quiero significarle un problema para nadie. Ahora está un poco sucia... No he tenido tiempo de hacer limpieza. No he tenido muchas visitas últimamente. La verdad es que no he pensado en limpiar.

Acentuaba con énfasis la pronunciación de la palabra “visitas” como parte de su colección de sarcasmos, tantos que, con el paso de los años, me había entrenado para hacer como si no los escuchase.

—¿Alguien te viene a ayudar a limpiar? —pregunté.

—No me da la gana pagarle a nadie para hacer algo que yo misma puedo hacer. Además solo vienen a estorbar y a robar lo que puedan... Es como meter a un enemigo en tu propia casa.

De repente sentí que no tenía nada más que decirle. Me quedó vacío de ideas y de ganas. Hice un esfuerzo para pensar en un tema de conversación, pero no me animé a violentar el silencio, o quizás no le encontré sentido a hacerlo. ¿Para qué? Me pregunté cómo era posible haber compartido tantos momentos de nuestras

respectivas vidas y no encontrar ahora un tema de conversación. Pensé que, dijera lo que dijera, el tema no iba a ser de su interés, o iba a precipitar otro desagradable intercambio de hostilidades. Preferí que mis ojos divagaran de uno a otro lado de la casa. Me concentré en las manchas de una alfombra que alguna vez fue beige y ahora parecía más bien terracota.

Encima de los muebles destacaba un retrato al óleo de mi madre, que muchos años atrás le había pintado en Costa Rica Sonia Romero. Nunca le gustó esa pintura; decía que tenía “la expresión muy dura”. Para ella, el buen retrato era únicamente aquel que la hiciera lucir mucho más bella de lo que realmente era. En otra parte de la sala colgaba otro retrato suyo dibujado a lápiz por Margarita Bertheau. Ese le gustaba un poco más, quizás porque recién llegada a Costa Rica había mantenido una buena amistad con Margarita, que entonces era una joven y brillante acuarelista que prometía mucho.

Cuando ya era muy mayor, a solas y a escondidas, armada con una hoja de afeitar y material de pintura, que iba desde pigmentos de óleo hasta pintura de labios, se pasaba las horas adulterando torpemente los dos o tres retratos que tenía de la época de su juventud. Intentaba comunicarle al lienzo la beldad o el esplendor que los artistas no pudieron o no supieron captar en ella. Aunque no tuviera conocimientos del arte de dibujar o pintar, hacía extraordinarios esfuerzos por eliminar del papel o del lienzo aquello que considerara una “expresión muy seca”, o el “duro” lineamiento de los ojos. Una vez vejados los colgaba de nuevo de las paredes de la casa y esperaba que nadie se diera cuenta del fraude perpetrado clandestinamente. Obviamente, se notaba de inmediato los surcos dejados por la cuchilla y los extraños tonos sobrepuestos del nuevo material. Si alguien le preguntaba por qué lo había hecho, contestaba:

—Pues claro, porque yo no tengo esa expresión, ni esa boca... ¡Qué barbaridad! Decían que esa mujer era muy buena pintora, pero conmigo no pudo —y así presumía con una mezcla de vanidad y orgullo.

En cierta forma tenía razón, los ojos y las proporciones podían estar bien; lo que no les salió nunca fue el conjunto y el mensaje que transmitía su juvenil presencia. No podían expresar su compleja personalidad ni el sentido del espíritu indómito y rebelde que la naturaleza le había encomendado reflejar a su cara y cuerpo. ¡Qué difícil debe ser pintar un espíritu que no se parece a ningún otro!

Aquellas pinturas habían estado guardadas por muchos años en una buhardilla. Últimamente, por alguna extraña razón, había decidido sacarlas. Quizás fue que al fin se rindió al paso infalible de los años y quiso reconciliarse, a su manera, con su propio pasado.

—Se ven lindas esas pinturas, mamá —le dije intentando halagarla.

—Sí, están bien, ¡pero no soy yo, eh! —me contestó—. Te lo aclaro porque algunas personas me dicen que se parecen mucho a mí, pero nada de eso.

En ese ambiente había pasado mi madre los últimos años de su vida. Hacía años que la arteriosclerosis había empezado a hacer efecto. Iba camino de la demencia senil a pasos agigantados. Mi hermano menor Osvaldo y yo lo habíamos hablado muchas veces y esperábamos el momento apropiado para internarla en una residencia para personas mayores. Mi hermano le buscó a una asistente para que la cuidara y le hiciera las compras porque se había peleado con el panadero, el verdulero, la de la frutería, el dueño del abastecedor del barrio, los dependientes de las grandes tiendas y el del kiosco de periódicos. A todos les reclamaba el precio de sus productos. La conversación solía ocurrir así:

—¿Cuánto cuestan esos chorizos?

—Sí, señora. Están muy buenos. Son de Cantimpalos. Están a 1 200 pesetas el kilo.

—¡1 200! ¡Madre mía! ¿Pero cómo puede ser posible? La semana pasada los compré en la tienda de Manolo en 800.

A estas alturas del intercambio, los comerciantes solían tomar en cuenta su edad e intentaban darle una explicación.

—Pues no habrá comprado usted los mismos, señora. Con 800 pesetas ni siquiera pago los impuestos que nos ha recetado el gobierno socialista.

—¡Claro, entonces culparemos al gobierno! ¿Seguramente ahora me va a decir que estábamos mejor con Franco, no?

El comerciante solía entonces encabritarse.

—Mire usted, señora, los chorizos valen 1 200 pesetas; si los quiere comprar los compra y si no, haga el favor de circular que hay gente esperando.

Entonces se retiraba del lugar, hablando pestes del bodeguero y de la gente en general. Algo similar sucedía cuando depositaba el dinero mensual de su pensión en el banco y acusaba sin razón al empleado del banco de haberse llevado para adentro el impreso:

—Pero el impreso blanco yo lo rellené y después se lo llevó usted para dentro cuando fue a buscar la pluma.

—No, señora. Usted no lo pudo haber rellenado porque precisamente fui a traer la pluma para que la usara. Usted me dijo que no tenía con qué escribir.

—Pero, ¿será posible? ¿Usted me quiere decir que me estoy volviendo loca?

—Dios me libre de siquiera pensar tal barbaridad, señora. Estoy seguro de que usted está en completo uso sus facultades mentales, pero no ha rellenado el formulario.

—Bueno... bueno... Vamos a dejarlo. Voy a hacerlo de nuevo para complacer a este señor y evitar una discusión.

Desde joven, sus dos características más señaladas eran no admitir jamás estar equivocada y no pedir perdón por nada. Era increíble: nadie la oyó nunca disculparse, ni siquiera en broma. Era como si esa palabra no existiera en su vocabulario. Discutir con ella era como enfrentarse verbalmente con una sólida e inexpugnable fortaleza.

Durante los últimos años de su vida y cuando salía con ella, me ponía muy nervioso y buscaba el momento adecuado para apartarme del lugar de los hechos en cuanto comenzaba una de sus discusiones con algún comerciante o transeúnte. Si la acompañaba al banco, inventaba que tenía que salir un momento a comprar un periódico o aparentaba leer con gran concentración los folletos de propaganda que tienen los bancos en una mesa, junto a la entrada, anunciando maravillosas hipotecas y amortizaciones de préstamos con bajísimos intereses. Si estábamos en una tienda, fingía entretenerme viendo los productos del departamento adjunto o vagaba por el local, con aparente interés en la mercadería.

Sabía que lo peor que podía hacer era sugerirle que evitara las peleas. Entonces ella se resentía profundamente y, aunque no le explicaba el motivo, pasaba varios días sin dirigirme la palabra. Si en esos momentos de incomunicación le preguntaba qué le pasaba, era como echar sal en la herida. Lo mejor era dejar que el tiempo sanara los resentimientos de aquel aparente e insondable rencor. A veces se le olvidaba la causa original del disgusto y de repente actuaba como si no hubiera pasado nada. Otras veces parecía que nunca volvería a la normalidad y seguía resentida aunque ya no recordara la razón.

Una vez transcurridos los anteriores intercambios materno-filiales propios de aquella visita y cuando estaba

alistando mi retirada, mi madre se dirigió a la mesa del comedor donde había una pila de papeles, impresos y talonarios de varios tamaños y colores. Se alistaba para ir al banco a hacer un depósito y sentada en la mesa revisaba los papeles. Mascullaba algo entre dientes sobre el tamaño tan pequeño de las letras en el impreso. Era obvio que tenía problemas para llenar la hoja de depósito. Por lástima, al observar sus dificultades, me acerqué a ella y me ofrecí a rellenarle el impreso y depositarle el dinero. Levantó la vista, se quitó los lentes y me miró directamente a los ojos, como se mira a un enemigo a quien se odia de todo corazón:

—¡Yo no confío en ti para nada! No quiero que metas la mano en mi dinero. Cuando muera, se podrán repartir todo lo que quede, o lo que encuentren, pero mientras viva quiero que te quede muy claro que lo que tengo es mío y que lo gastaré como me venga en gana.

Me quedé congelado de la sorpresa. Sabía que de ella podía esperar cualquier cosa, pero aquello era sencillamente demasiado. Era increíble que toda aquella bazofia verbal pudiera prorrumpir así, de repente, sin siquiera existir algún motivo externo para irritarla o ponerla de mal humor en ese momento. Lo cierto es que aquello me llegó muy adentro. En los días que había pasado con ella me había acusado varias veces de querer hacerle daño, de engañarla, de robarle su dinero y unos adornos que supuestamente se le habían desaparecido de la mesa de noche. Ya no pude contenerme. Sentía que del estómago me subían efluvios de aire caliente que me hacían hervir por dentro. Había discutido con ella muchas veces, pero aquella era la primera vez en la vida que la encaré dispuesto a lo que fuera:

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué has sido siempre tan cruel conmigo? ¿Qué te pasa?

Tartamudeaba. Estaba tan furioso que no me salían las palabras. Me olvidé de respetos debidos, de compasión, de su arteriosclerosis y de todo lo que pudiera en ese momento interferir o detener su inmediato estallido de furia reprimida. Le devolví el odio de su mirada. Hubiera querido fulminarla. Ella pareció cohibirse y asustarse un poco. No estaba acostumbrada a que nadie se le enfrentara en esa forma. Intentó decirme algo, pero la interrumpí:

—Nadie nunca en este mundo me ha dicho las cosas tan monstruosas que tú me has dicho... ¡Mi propia madre! Me he pasado la vida intentando manejar y conciliar una imagen negativa que has hecho todo lo posible para plantar en mí desde que nací. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué siempre me has hecho sentirme como una mierda? De niño tuve que hacer un gran esfuerzo para convencerme a mí mismo de que no era tan malo como tú me hacías creer. ¡Ya estoy harto de ti y de tus actitudes!

No le retiraba mi mirada. Estaba seguro que si me acercaba a ella un poco más me hubiera abofeteado, como lo hacía durante mi niñez. Se quedó en silencio. Apretaba fuertemente el puño, como queriendo meterse las uñas en las palmas de las manos. Nos quedamos allí, frente a frente, mirándonos. Mirarla así a los ojos era como mirar al vacío desde el borde de un precipicio. La saliva se me congelaba en la garganta y se me adormecían las manos y los brazos, como si se hubiera interrumpido la circulación. Solo quería mirarla fijamente, seguir mirándola hasta que pudiera calmarse. Entonces ella se llevó la mano al pecho e hizo un gesto de dolor. Fingió que iba a sufrir un infarto, lo cual aumentó mi furia más allá de todo límite sensato; eran los mismos mecanismos que siempre había utilizado. Di media vuelta y empecé a salir de la habitación mientras la oía gritar:

—Tú nunca has sido familia. Eres un gusano traidor; como tu padre. Ambos arderán en el infierno. Allí, en

aquella agenda con tapas de cuero que está en el librero, hice una lista de las personas que no quiero que vengan a mi funeral. Léela.

—¿Para qué? —le dije—. ¿Para encontrar mi nombre de primero?

—¡Efectivamente! —me contestó con toda la rabia de la que era capaz.

Cuanto más discutíamos, más perdíamos ambos el juicio o la posibilidad de ecuanimidad. Hice incluso el intento de devolverme e ir hacia ella con la intención de gritarle otro exabrupto a la cara, pero ella posiblemente pensó que la iba a agredir físicamente porque hizo un movimiento instintivo de defensa con las manos. Entonces pensé que la agresión podía ser una magnífica alternativa de desahogo. Las cosas habían traspasado todos los límites de la sensatez. Ya era suficiente. Aquello era una locura; se había convertido en una gran expresión demencial sin posibilidad de control. Entonces seguí caminando hacía la puerta, la abrí y salí cuidándome mucho de no tirarla de un golpe para que los vecinos no pudieran sospechar lo acontecido. No me detuve a presionar el botón del ascensor para no tener que quedarme ni un minuto más frente a la puerta de la casa. Me lancé escaleras abajo mascullando todas las palabras vulgares y obscenas que conocía hasta llegar al vestíbulo. Al ver la luz del día me calmé un poco y respiré profundo antes de salir a la calle. En unas bancas de la acera había unos adolescentes fumando y riéndose de alguna tontería, igual que todos los adolescentes de cualquier parte del mundo. Un perro exótico de una señora encopetada hacía sus necesidades fisiológicas en la base del árbol cuyas ramas llegaban hasta el segundo piso. La gente pasaba, cada uno en lo suyo; la vida seguía igual.

Durante las horas siguientes fue gradualmente aumentando mi resentimiento hacia ella. Llegué a pensar que la señora ya había vivido suficiente y que tal vez era deseable que se muriera, pero apartaba esos pensamientos de mi mente de forma inmediata. Por otro lado, estaba convencido de que si alguien quisiera hacerle el más mínimo daño, o faltarle el respeto, yo sería el primero en defenderla con mi propia vida. Eso me consolaba y mitigaba mi hostilidad hacia ella. Todo era muy confuso. Eran demasiados sentimientos encontrados y contradictorios para poder analizarlos o comprenderlos; nunca pude hacerlo. Pero ahora lo cierto es que no podía permitir que la irracionalidad tomase el lugar que debería ocupar el raciocinio, sin cuestionamientos ni cortapisas. Lo ocurrido había sido un error, no había lugar a dudas, pero necesitaba tiempo para reponerme de aquel desventurado episodio.

En aquella ocasión me desentendí durante varias semanas de ella, porque ya no podía más. Me dediqué a visitar museos madrileños y a hacer turismo por Toledo, El Escorial y Segovia. Quería empaparme un poco de historia y dialogar con mis antepasados sobre la razón o sinrazón de mi existencia. Incluso aproveché para irme a Ibiza un par de días a tomar el sol apaciblemente, como uno más de los miles de turistas que diariamente buscan en la isla un escape de algo o de alguien. Después hablé con mi hermano para decirle que hiciera lo que quisiera con ella y regresé a San José sin despedirme de ella.

Un invierno, muchos años después, recién fallecida mi madre, pasé por aquella vivienda. Hacía un frío que calaba los huesos. Al gran árbol no le quedaban hojas y caía una finísima nevada. En una de las ventanas de aquel tercer piso había un letrero de “Se alquila”. Al verlo, se me salieron las lágrimas como un tonto sentimental. Pensé que quizás era mejor que no se alquilase; sucedieron allí tantas

cosas que debería conservarse vacío y enhiesto, como un museo a la vida y a la muerte de unos inquilinos que simplemente pasaron sin dejar mucha huella para quienes no los conocieron. Se me ocurrió la excéntrica idea de que, en todo caso, antes de que otros se mudasen debería llegar una cuadrilla de exterminadores de efluvios y ondas esotéricas que eliminase las vivencias del pasado. Así los recuerdos podrían también morir del todo, o quizás ellos mismos se transportaban misteriosamente por el camino de lo ultraterreno para descansar eternamente en paz junto a sus protagonistas.

Quizás alguna vez la quise

Sueño que estoy en la sala de mi casa leyendo un capítulo de un extraño libro sobre la Arqueología de la turbulencia simbólica, que explica el significado religioso y místico-cósmico del símbolo Tao chino. Presiento que algo se mueve junto a la puerta. Al levantar la vista, la veo. Me asusto porque normalmente un sueño con mi madre significa una segura pesadilla. Sin embargo, esta vez su cara sonriente y amable refleja una actitud que nunca conocí en ella personalmente, aunque papá alguna vez la había descrito así cuando la conoció en Pozoblanco, en España. La luz que entra por una de las ventanas se refleja en ella y la hace parecer nívea y casi transparente. Viste una blusa blanca bordada y una falda amarillo claro que recoge la luz del sol y se funde en ella proyectando reflejos dorados sobre su placentera y serena sonrisa. Me sorprendo de que me haya venido a visitar. Siento el impulso de acercarme a ella y tocarla, pero temo que entonces desaparezca.

La llamo en voz baja, para no romper el encanto de la situación, pero no desaparece. Al contrario, la luminosidad tiende a intensificarse. Le digo que me gusta su vestido y que se ve muy linda, pero ella no parece considerar ni responder a mis palabras. No le importa en absoluto su apariencia. Junto con su vanidad, hacía mucho que la vejez le había robado su belleza y su frescura;

ahora todo era irrelevante. En mi sueño intento convencerme a mí mismo de que su espíritu está realmente conmigo.

No pasa nada, no entiendo nada, aunque todo parece tener un alto significado. Nos quedamos mirando fijamente a los ojos, como nunca lo habíamos hecho cuando ella vivía; más profunda e intensamente que entonces. Nuestros ojos ni siquiera parpadean. Me acerco hasta quedar a pocos centímetros de los de mi madre. Por medio de las miradas nos decimos lo que sentimos en esos momentos y lo que nunca pudimos decirnos cuando ella vivía: su juventud perdida y traicionada, mis frustradas ansias por buscar siempre consuelo entre sus protectores brazos y sentirme rechazado, la soledad de ambos, las diversas y tergiversadas formas en que nos hicimos daño, toda la hostilidad reprimida y mal dirigida, las frustraciones y las ocasiones perdidas.

Antes de poder disfrutar plenamente de mi nuevo estado emocional, de pronto su imagen se desvanece ante mis ojos y se apodera de mí una enorme aflicción. Luego solo hay silencio y sombras, más sombras y más silencio.

Me despertó la claridad del sol que se colaba por la ventana de mi cuarto. Me sentí cansado, como si no hubiera dormido nada en toda la noche. Me angustiaba no tener claro si todo había sido solo un sueño o un augurio sobrenatural del porvenir.

Sueños como aquel se repetían con demasiada frecuencia, especialmente después de la muerte de mi madre. En ellos siempre había dolor, angustia y desazón, pero al mismo tiempo cumplían las veces de ser experiencias increíblemente catárticas. Después me sentía enormemente aliviado, como si me hubieran quitado una pesada carga de encima; como si ya no tuviera que seguir buscando más a una madre diferente y ella, por fin, hubiera encontrado al hijo añorado. Ahora todos estábamos felices y tranquilos.

Uno también muy frecuente era que llegaba a la casa en la que vivimos en Limón y que ella me recibía con los brazos abiertos. En esos sueños, ella siempre sonreía. La veía tan bella como realmente era entonces. Me abrazaba a sus piernas. Ella me hablaba, pero no le entendía, su lenguaje era incomprensible. Su cara y cuerpo se volvían gélidos y solidificados.

Un día, pocos meses después de mi última visita a Madrid, me llamó mi hermano desde España para darme las últimas noticias sobre la salud de mamá.

—Tito, acabo de llevarla a la clínica. Yo la veo muy mal. Está demasiado débil y consumida.

—¿Pero está consciente? —le pregunté preocupado.

—No reacciona —me contestó mi hermano—. Ahora mismo tiene la mirada fija en el techo de su habitación. No se mueve para nada. No sé si está consciente o no, pero no lo parece. En estos días pasados ha tenido momentos de lucidez en los que incluso te sonríe, pero después vuelve a caer en un pesado sueño. Si quieres volver a verla viva, vente para Madrid de inmediato.

Al día siguiente cogí un avión de Iberia y a las pocas horas aterricé en Madrid con la correspondiente resaca de los vuelos intercontinentales. Desde el aeropuerto llamé a mi hermano Osvaldo. Me dijo que lo esperara a la entrada de la clínica y que no había podido recogerme en el aeropuerto porque estaba muy ocupado... Siempre estaba muy ocupado. Era profesor de Química y desempeñaba un importante puesto en el Centro de Investigaciones Científicas de Madrid. Las últimas veces que había ido a Madrid yo me alojaba en su cómodo apartamento de soltero-divorciado, pero nos veíamos poco porque Osvaldo nunca estaba y cuando estaba, se sentía cansado y agobiado por sus obligaciones.

En el taxi solo podía pensar en la aparente inminencia de la muerte de mamá. Otra vez me veía obligado a examinar mis afectos más profundos. La buena lógica dictaba que en esos momentos debía sentirme precisamente como si fuera a enfrentarme con una de las tragedias más terribles de un ser humano: la muerte de la madre. Sin embargo, no era capaz de experimentarlo en esa forma. No advertía nada especial. Me dirigía simplemente a cumplir con mi obligación; con una de las tantas obligaciones a las que obliga la sangre.

Al llegar, Osvaldo me saludó sin demasiado afecto y me puso al tanto de la situación:

—Le quedan pocas horas de vida... Bueno, quizás unos días. La verdad es que no se sabe; desde hace días me vienen diciendo que está en estado terminal, pero ella se aferra a la vida, como que no quiere abandonar el mundo.

—¿Está sufriendo? —le pregunté.

—Por el dolor no, en absoluto— contestó Osvaldo—. Le dan muchos calmantes. Se siente muy débil, constantemente parece perder el conocimiento. Varias veces al día las enfermeras la pasan de la cama al sofá y viceversa para que no se le hagan ampollas en la piel. Parece que lo único que quiere es dormir. Tengo dos días de no salir de la Clínica, menos mal que me vas a relevar porque estoy agotado. Tengo que pasar por la oficina y por la casa.

Osvaldo me acompañó hasta su cuarto. Entró un momento, constató que todavía respirase. Después se despidió y salió casi corriendo por los pasillos del nosocomio para ir a atender sus asuntos personales.

Estaba dormida. Entré sin hacer ruido para no despertarla, pero ella notó que alguien se movía y entonces abrió los ojos. Un rayo de luz brillante se filtraba por entre los cristales sucios de la ventana. Entre las sábanas blancas de la

clínica, parecía mucho más pequeña de lo que era. Apenas hacía que el colchón se hundiera bajo su escaso peso. No debía de pesar más de 35 kilos. Su rostro estaba demacrado. Sus ojos habían perdido su brillo. Ya no tenía aquella mirada penetrante que parecía retarte cuando te regañaba. Tenía diez años de padecer de cataratas. Las fibras de sus retinas se habían roto como si fueran de papel. La niebla de sus ojos ya no se iba a disipar. Les había llegado el invierno eterno.

Ya no quedaba nada de aquella imagen de un hada vaporosa a quien de niño yo llamaba mamá y que parecía flotar al caminar, cuando su piel era tan rosada que hacía recordar la pulpa de la fruta madura. Cuando usaba vestidos sin mangas, la tersa piel de sus antebrazos me hacía querer descansar la cabeza entre ellos. La frescura y lisura de sus vestidos competían con su encanto; eran del color de la naturaleza: azul cielo, verde hoja, marrón tierra mojada, blanco nube. Era como si los mismos elementos la vistieran cada día para que toda ella fuera mensajera universal de la profundidad del mar o de lo infinito del firmamento. Aquel fue el cuerpo que me engendró y del que se enamoró mi padre entre los olivares andaluces. Ese cuerpo no tenía nada que ver con este otro. Había perdido su esencia; se había podrido como se pudren los frutos de la misma naturaleza de la que una vez fue heraldo y embajadora.

—¿Quién eres? —me preguntó en voz baja y débil, escudriñando mi cara como diciendo: “Yo a este lo conozco de alguna parte”.

—Mamá, soy Tito, tu hijo mayor.

—Tito está en Costa Rica —me dijo ella repitiendo como un autómata un hecho que parecía encontrarse impreso en su memoria.

—Acabo de llegar de Costa Rica —le conté.

—¿Cuándo? —me preguntó.

—Ahora. Hace un rato —le aclaré.

También había perdido la memoria. Sencillamente había dejado que el pasado se escapara entre sus manos, como el pez que dejamos ir para que vuelva a la negra profundidad de las aguas. Todos sus recuerdos habían huido adentrándose en la selva donde se van a olvidar las cosas inservibles e inútiles.

—Mira —le dije— mira la luz del sol que entra por la ventana, se siente bien.

De repente me llené de lástima hacia ella. Ella era vieja y yo relativamente joven. Ella ya no tenía hijos y yo tenía una. Ella estaba enferma y deteriorada. Yo estaba sano. Necesitaba dejar de pensar en ella como mi enemiga. Al final de la vida, no importa lo que tengas, lo que hayas hecho o lo que valgas. Lo único que importa es el recuento y la memoria de las personas que has amado. Le quedaban pocas horas de vida. ¡Qué ironía que yo fuera la única persona a su lado a pesar de que tenía muchos años de no acercarme a ella para acariciarla, o para decirle que la amaba!

—¿Quieres hacer el favor de ir a la casa y cerrar las ventanas? —me pidió—. Quedaron abiertas.

—La casa está bien, mamá. Las ventanas están cerradas —le contesté sin tener idea de qué había pasado con las ventanas—. ¿Cómo te sientes?

En una bandeja, una enfermera entró y le trajo de comer unas papillas amarillas con un líquido rojo para beber. Le acercó a la cama la característica mesa portátil de hospital y colocó la bandeja encima. Le dije a la enfermera que yo le daría de comer. Volvimos a quedarnos solos. Le subí, con una palanca, la parte superior de la cama y procedí a acercarle a los labios aquel potingue. Abría ligeramente la boca

y parecía que tragaba algo de aquello, pero en su cara no se observaba ningún placer por la comida. Su vista estaba fija en algún punto de la blanca pared que estaba frente a su cama y su vacía miraba era como la de una ciega. Mientras tanto, masticaba automáticamente, con una expresión que reflejaba disgusto por tener que realizar a la fuerza aquella ardua tarea. Seguía con la mirada fija en un infinito e insípido presente.

Le retiré la comida. En la misma posición habló por unos minutos, aparentemente con personajes de su juventud en Cuba. La mayor parte de sus palabras no se entendían. Su voz era demasiado débil. Daba la impresión de estar rezando.

—Elvira quiere que vayamos a vivir con ella —me contó con los ojos cerrados, como si estuviera describiendo un sueño.

Elvira era una prima hermana que, efectivamente, vivió muchos años en La Habana.

—Mamá, Elvira murió hace veinte años —le aclaré por si acaso.

—Se casó Osvaldo —me contestó—. La boda fue muy sencilla, en la capilla de la Ciudad Universitaria.

—Osvaldo se casó en 1972, mamá; hace muchos años.

Los médicos habían diagnosticado arteriosclerosis; endurecimiento de las arterias, en lenguaje popular. Hacía muchos años que había mostrado los primeros síntomas. Su memoria se perdía en la misma proporción que aumentaban los recuerdos de la infancia y juventud, lo cual era propio de la vejez y de aquella enfermedad. Además, sus intrínsecos problemas de carácter habían contribuido a agravar su soledad durante muchos años. Sin embargo, su padecimiento había progresado lentamente y desde hacía un par de años

habíamos decidido internarla en una residencia para la tercera edad, porque ya no podía vivir sola. Dejaba la cocina encendida y se iba a dormir. Salía de la casa y dejaba la puerta abierta; luego hacía un escándalo y llamaba a la policía porque decía que los ladrones habían forzado la puerta. Un día se quedó encerrada en el ascensor por horas porque se le había olvidado qué botón pulsar para bajar; la encontraron pegando gritos y en estado de pánico.

Pensé que nada hay más terrible que olvidar a plazos: primero un poco, después cada vez más. Hasta que llega el momento en que se olvida todo. Lo espantoso es que la persona se va dando cuenta de todo. Se desespera porque un día descubre que no sabe dónde lavarse las manos, o cómo se le da cuerda al reloj de pared. Se llega al extremo de no reconocerse cuando se mira al espejo. Al principio da rabia lo que pasa, después se olvida incluso cómo se siente la rabia, o el cariño. Al final se olvida a uno vivir; vivir sin recordar es peor que vivir olvidando. No vivimos si no recordamos haberlo hecho.

Nadie está acostumbrado a apreciar la belleza implícita en recordar. Es uno de tantos privilegios que se dan por descontado, es un hecho natural que nadie se detiene a considerar hasta que se pierde.

Hay una estrecha relación entre la memoria y la esperanza. Si no se recuerda nada tampoco se puede esperar nada. El tiempo pierde sentido y pasa a ser un elemento inútil. Vivir en el tiempo sin memoria o sin esperanza es como el pez en el aire o el pájaro en el agua; las personas se convierten en desafortunadas criaturas condenadas a vivir fuera de su medio, sin siquiera tener el consuelo de poder morir. Con la memoria conservada, ella hubiera podido rezarle a Dios y esperar algún día resucitar, nuevamente bella y alegre, pero también se le había olvidado rezar. No había esperanza.

Ahora, en aquel hospital, después de tantos años de luchar contra todos los que, supuestamente, se habían empeñado en hacerle la vida imposible y miserable, al fin había vuelto a su juventud y al único mundo en el que realmente había sido feliz. A pesar de su deterioro, cuando se refugiaba en sus recuerdos parecía feliz. Había realizado un maravilloso viaje en el tiempo con el objeto de reencontrarse con la felicidad. Yo no estaba acostumbrado a verla feliz y cuando me di cuenta de ello, no intenté hacerla regresar. Mi realidad era diferente a la suya. Lo mejor era acompañarla en su jornada.

—¿Te sientes bien, mamá?

—¿Por qué no me iba a sentir bien? —me contestó recordando un poco la lucidez—. Mamá nos va a llevar al Teatro Blanquita... Arturo consiguió las entradas. Vamos a ver la ópera "María la O", de don Ernesto. Vamos a ir en guagua... La 37, que va por el malecón, para poder ver el mar.

En ese momento estaba en su casa de la Calle Aguacate, de La Habana. Era una jovencita de 16 años. Estaba con su madre, que había muerto hacía 50 años. Estaban esperando que llegara su hermano Arturo con las entradas. Nada más apropiado que ir a escuchar la música del maestro Lecuona, el querido amigo de la familia.

Me la imaginaba en aquel vestido de marinero que lucía en una de las fotos de la época. Con medias negras y un lazo blanco en el pelo que le había atado la abuela. Le brillaban sus ojos de felicidad y expectación.

Ahora ya vivía fuera de su tiempo, de este tiempo, del tiempo como un todo.

—Mamá... ¿Te acuerdas de papá?

—¿El papá de quién? Ay, hijo, me atosigas con tantas preguntas... Me pones nerviosa.

—Mi papá, el mío, el que fue tu esposo; el hombre que compartió tu vida.

Dio la impresión de confundirse mucho con la pregunta. Es posible que en ese momento le diera vergüenza no acordarse de las cosas o de las personas.

—Yo ya no me acuerdo de muchas cosas, porque todas fueron tristes. ¡Ay, hijo, el pasado es como si nunca hubiera sido! Me siento muy inútil... Anda, cámbiame de posición que tengo un brazo dormido y me duele.

La levanté sin ninguna dificultad. Era como tener en los brazos un saco de plumas. Nadie hubiese dicho que alguna vez pesó cerca de 60 kilos. Después de acomodarla pensé en la ironía de la situación. ¡No se acordaba de su esposo! Se acordaba de sus padres, pero no de la persona con quien convivió la mayor parte de su vida. Recordaba ser hija, pero no esposa. La historia de mi padre ya no existía para ella y, por consiguiente, tampoco la historia de la pareja. Papá no solo había muerto para ella, sino para su memoria. Me sentí como el sobreviviente y heredero de una memoria que solo existía para mí y para nadie más.

Allí sentado en la orilla de la cama, en aquella clínica fría e inhóspita que olía a alcohol, medicinas y a desinfectantes de piso, me di cuenta de que habitábamos dos mundos distintos. Ya no había remedio ni marcha atrás; pasara lo que pasara, la había perdido para siempre. O quizás nunca la tuve y sin haberla tenido no podía perderla.

No la conocía. Me había parido y no la conocía. Quizás ella también pensó un día que no había sabido ser madre, pero no lo sabía porque nunca nadie se lo dijo. Ahora dormía. Tenía un par de horas de dormir plácidamente. De repente se me ocurrió que podía haber muerto. Le tomé su delgada mano. Era como levantar una pluma. Su pulso parecía normal. Me quedé con su mano entre las mías. No

recordaba cuántos años hacía que no le tomaba la mano; no lo hacía desde que era niño. Dicen que los ojos son el reflejo del alma; no es cierto, son las manos. Las manos identifican al caballero y al rufián, a la mujer veleidosa y a la meretriz, al tosco hortelano y al indolente maua... Aquellas podían ser las manos de una gran marquesa de las cortes imperiales europeas, o tal vez de una exótica y espigada bailarina de ballet.

El contacto la pudo haber despertado. Abrió sus ojos y me miró con expresión de sorpresa.

—Hola mamá. ¿Tuviste buenos sueños?

Intentó decir algo, pero no la entendí. Las palabras se agolparon en su boca, pugnando por salir todas al mismo tiempo, pero sin la suficiente fuerza como para proyectarse hacia afuera. Parecían murmullos sin sentido. Acerqué el oído a sus labios. Creía oírla decir “¿Dónde esta?”

—Deja que acomode las almohadas para que puedas hablar más fácilmente —le dije.

Estaba en el proceso de subirle un poco su cabeza cuando entró una enfermera de tez morena, de gran estatura y de facciones más bien masculinas. Pensé que aquel ejemplar femenino podía perfectamente participar en algún torneo de lucha libre de esos que pasan por televisión. Su ropa completamente blanca contrastaba con su agria apariencia.

—Hola, doña Olivia. Ah, veo que está bien acompañada. ¿Quién es este guapo caballero que la acompaña?

Ella me miró fija e inquisitivamente por un instante.

—Es un médico —le contestó como para salir del paso.

—No, señora. Es su hijo que vino de América solo para verla. ¿Recuerda cómo se llama?

Me volvió a mirar fijamente, intentando escudriñar en la poca memoria que le quedaba, dónde había visto esa cara.

—¡Tú eres Arsenio! —contestó.

Percibí en ella un intento de sonrisa triunfal, como si hubiera realizado un meritorio y feliz descubrimiento. Era evidente que intentaba realizar sin éxito asociaciones entre gentes y lugares que algún día habitaron su pasado.

—Soy Tito —le dije otra vez, quizás esperando que recobrara la lucidez aunque fuera por unos minutos.

—Hola Tito, me alegro de verte —me dijo ella.

Apareció otro débil gesto en sus labios que podía ser interpretado como una sonrisa diferente de la anterior. Es posible que realmente se alegrara de verme, pero aquel gesto no lo evidenciaba. En realidad, no tenía idea de quién era la persona que respondía a aquel nombre; repitió “Tito” como pudo haber repetido Nabucodonosor, sin relacionar el término con ninguna persona específica y sin ninguna congruencia afectiva.

—¿Por fin te casaste? —me preguntó.

—Si mamá. Me casé —le contesté por llevarle la corriente y sin querer entrar en detalles.

—¿Tienes hijos? —insistió en sus preguntas.

—No —le dije.

Ella sonrió otra vez. Esta vez fue una verdadera sonrisa, como si el concepto de ser su madre hubiera de repente adquirido significado en su turbada mente. Después cerró los ojos y se durmió.

La enfermera permanecía del otro lado de la cama, quizás un poco enternecida o impresionada por aquella escena familiar tan íntima, un tanto acentuada en sus efectos por

las circunstancias en las que se estaba desarrollando. Éramos como personajes de una película trágica, desempeñando aquella última escena en la que la protagonista exhala su último suspiro rodeada de sus seres queridos, que vinieron a despedirse para siempre con lágrimas en los ojos. El ambiente antiséptico y mortecino del hospital ayudaba a crear la natural decoración lúgubre del supuesto filme.

—Parece muy cansada —le dije a la enfermera, esperando que la dejara en paz y se retirara.

Pero era evidente que ella tenía un propósito que estaba determinada a cumplir; se dirigió entonces a la pequeña forma que descansaba sobre la cama sin saber dónde estaba ni quién la había llevado allí:

—Ah, no señora... —le dijo la enfermera autoritariamente—. No se puede dormir otra vez. Tengo que darle su medicina.

El regaño de aquella gran figura blanca fue cariñoso, con un tono entrenado y puesto en práctica miles de veces. Al mismo tiempo, la sacudió ligeramente de un hombro.

Ella abrió los ojos obedientemente. Inició de nuevo el lento proceso de enfoque y de asimilación de quienes estaban alrededor de su cama. Otra vez me miró con un gesto de sorpresa y con menos fuerza que antes comentó:

—¡Tú eres Arsenio! —me dijo.

Nunca supe quién pudo ser Arsenio... quizás fue un amigo de su juventud.

—Soy Tito —insistí.

Quizás debí contestarle que sí, que era Arsenio y se acabó, pero insistía en decirle mi nombre esperando que en una de esas lo reconociera. Pero era inútil... ya todo era inútil.

La enfermera se disponía a introducir en la botella de suero algún tipo de droga que, evidentemente, era la responsable de que todavía disfrutara de aquellos fugaces y extraños momentos de lucidez. Me acerqué a ella y tocándole suavemente la mano en la que llevaba la jeringa le pregunté con un gesto si no era posible que la dejara en paz de una vez por todas. Me dijo algo sobre tener que hablar con el médico, o algo por el estilo. Después puso la cánula en una bandeja de acero inoxidable y salió del cuarto silenciosamente, mirando hacia atrás, como queriéndose despedir para siempre.

—No conozco a ningún Tito —de nuevo su voz se volvió imperceptible —¿Sabes una cosa, Arsenio? No quiero morir.

No había angustia ni temor en sus palabras. Decía que no se quería morir con el mismo tono afectivo con el que decimos corrientemente que no queremos ir al cine, o a visitar a los parientes.

Otra de las ventajas de la pérdida de las funciones cerebrales normales es que lleva a un estado de ausencia parcial de contacto con la realidad, lo cual a esas edades parece ser un acto de misericordia de la naturaleza. No existe el terror anticipado ante la inminencia del final de la vida y se evita el dolor de la partida. Aun así quise comunicarle que, a su edad, morir es la normal conclusión de una larga enfermedad. Se aferraba a la vida por un instinto de conservación que en ella no tenía sentido y solo prolongaba su sufrimiento. Entonces le cogí de nuevo una de sus desgastadas manos y le susurré al oído:

—Está bien... está bien... vas a ir a casa, mamá. Todo va a estar bien.

Lo de la casa me salió en forma espontánea. Había oído que al morir la persona volvía al regazo del hogar que la

vio crecer. En realidad, yo no estaba seguro de si al morir yo mismo quería volver a la que fue la casa de mis padres... Casi prefería ir a cualquier otra parte, sin malos recuerdos. Además, había pasado por tantas que ahora ni siquiera sabía cuál había sido “mi verdadera casa”. Pensé que ya que el cielo era placer puro, sería interesante que pudiéramos volver a vivir lo mejor de todas las casas que hemos tenido, excluyendo las penas, conflictos, dolores y desilusiones.

Ella decía que no quería morir, pero en realidad no tenía nada por qué vivir. Yo no podía darle ninguna otra razón para que siguiera viviendo. Llega un momento en la vida en el que se acaba la esperanza. Ella ya no tenía esperanza y yo no podía esperar nada para ella. Ahora todo en su vida apuntaba hacía la futilidad de la esperanza. La esperanza se había ido con la tersura de su piel, con el brillo de sus ojos y con sus vestidos de color naturaleza. Solo había quedado el instinto de no querer morir, que en realidad no es humano, porque lo humano es saber y querer morir cuando llega la hora.

Pasaron las horas. Cansado del largo viaje efectuado, a ratos cabeceaba en un sillón. Otras veces reclinaba la cabeza contra la orilla de su cama y me dormía un rato. Había que esperar. Era el ritual de esperar el final de todas las cosas.

Cuando me desperté me pareció que el hospital estaba más silencioso que nunca; era un impresionante silencio que manifestaba respeto hacia la tristeza y el sufrimiento de los habitantes de aquel inhóspito lugar. Hacía rato que había perdido la noción del tiempo. Ya no me importaba qué hora era.

La única luz provenía de una pequeña lámpara fijada al respaldar de la cama de hierro. La proyección de la luz hacía que la cabeza de mi madre se viera más hundida en la almohada blanca. Ya no había nada que hacer. Tenía

muchas horas de no despertar. Su desahuciado cuerpo permanecía allí, inerte, pero ella no estaba más.

Pensé que debía ser horrible ser tan viejo y sentir cómo el cuerpo se iba agotando, disminuyendo, desvaneciéndose, hasta que un día sientes que la vida se te fue de las manos. Quien muere así, transmite una impresión de acabamiento total. En aquella cama, parecía que le chupaban el alma desde arriba, como si estuviera en medio de uno de esos túneles que forman los tornados por los que aspiran todo lo que cruce en su camino. La muerte es horrenda. Ni siquiera le quedaba el consuelo de darse cuenta de que le había dado vida a dos generaciones; que alguien había dado continuidad a su linaje. No es verdad eso de que alguien se resigna a morir. A lo más que podemos aspirar es a no darnos cuenta de que vienen por nosotros y que la muerte se ensañará con lo que queda de nosotros.

Yo estaba ensimismado en mis elucubraciones sobre el buen morir cuando vi que se le cerraban los párpados y le absorbían lo que le quedaba de vida. Su boca entreabierta emitió un sonido involuntario, parecido a un débil silbido. Su cabeza cayó ligeramente hacia un lado y emprendió ese sueño tranquilo y perpetuo del que uno nunca despierta... “Mane, thecel, phares”: contado, pesado y dividido. La gran mano de Dios volvió a escribir en la pared la sentencia bíblica que vio Baltasar por primera vez. La muerte es la mano que escribe sola.

Prudentemente, la enfermera volvió a entrar con la solemnidad que se acercan al altar los sacerdotes antes de la misa cantada. Ella había estado en muchos cuartos que tenían impregnado el olor a muerte; el cemento, las lámparas, la madera en ellos conocían la muerte de cerca. Venía acompañada de una auxiliar mucho más pequeña que ella, quien posiblemente se encargaría de los menesteres más desagradables de la situación.

—Caballero: no quiero parecer insensible ni demasiado eficiente, pero creo que se deben hacer los arreglos con una funeraria.

Después salieron observando la misma consideración. Otra vez me quedé solo. Muy impresionado, todavía con su mano entre las mías, volví a sentir ese gran silencio durante el cual predomina la quietud que viene de la nada. Después se me trabaron los procesos normales del pensamiento crítico y del análisis de situaciones, como si se tratara de un engranaje de precisión que deja de funcionar sincronizadamente. Me quedé paralizado. No sabía qué hacer. Me vinieron a la mente imágenes de la niñez, en blanco y negro, que se disipaban casi instantáneamente. Parecían dar vueltas en un calidoscopio incoloro en el que los estímulos visuales cambiaban y se perdían en lo profundo del artilugio. De repente aparecían otras imágenes de las diferentes etapas de la vida. En ese momento no podían ser analizadas porque las emociones no son compatibles con los análisis. Simplemente se presentaban como en un repertorio de pasiones borboritadas sin control: sorpresa, asombro, tristeza, añoranza, temor, ira o arrepentimiento.

El primer impulso fue producto de la frustración y de rabia hacia ella por haberse muerto. Estaba convencido que lo había hecho a propósito, para joderme, pero no estaba seguro por qué. Podía haber sido el efecto de algún mecanismo propio de defensa cuya razón de ser nunca comprendí. Para ella, la muerte fue siempre su amiga; la había buscado durante toda la vida. Por fin se habían encontrado. Supuse que ya estaba contenta.

Entonces una rabia irracional se apoderó de mí. Le di la espalda y con ambos brazos y manos golpeé fuertemente una de las paredes del cuarto, al mismo tiempo que gritaba como un demente:

—Quisiste, mamá, pero no pudiste. ¡No pudiste porque no serviste! ¡No serviste como esposa ni como madre! Fracasaste porque estabas demasiado preocupada por ti misma. Ahora vas y te mueres. No tuviste nunca el valor para enfrentarte a tu pasado. Nunca reconociste tu responsabilidad. ¿Ahora qué? ¿Ahora se supone que somos nosotros los que tenemos que sentirnos culpables, no? ¡Mierda! Y tenemos que llorar por ti. ¡Qué feliz serías ahora de saber que la gente iba a sufrir por ti. Si estuvieras viva me estarías ahora acusando de ser el responsable de tu desgracia, de tu vida, de tu enfermedad. ¡Mil veces mierda! ¡Me jodiste en la vida y me estás jodiendo en la muerte!

Mi corazón latía como si quisiera salirse de mi pecho. Tenía la boca completamente seca. Cuando la adrenalina disminuyó me calmé un poco y pensé en el significado de mis palabras. Entonces me asusté. Temía que alguien me pudiera haber escuchado. Me asomé sigilosamente al pasillo, pero estaba vacío.

Durante los primeros minutos después de aquel acceso de locura me sentí totalmente desahogado, purgado. En unos pocos instantes me había salido toda la porquería acumulada de toda mi vida, todo lo que había reprimido desde niño; desde cuando ella me castigaba injustamente y no podía decir nada porque mi padre se me hubiera echado encima como un energúmeno. Había guardado tanto, tanto... que por alguna parte tuvo que salir todo, por lo menos momentáneamente.

Luego me embargó un enorme cansancio y después un dolor que sale de lo más profundo. El dolor de la muerte es terrible porque es dolor que llega y se queda arraigado para siempre. No se acaba nunca; la muerte de los demás se revive cada vez que se recuerda a la persona, para bien o para mal, y el dolor te acompaña hasta tu propia tumba.

Otra vez sentí aquel vaho acre, pesado. Estaba en sus manos, en el aire. El alma huele bien, pero ya no estaba. El espíritu la había abandonado para siempre.

Caminé de un lado a otro de la habitación, con la vista fija en las pegas de aquel inmaculado y desinfectado piso. No quería mirarla allí tendida, pero no podía dejar de volver ocasionalmente la vista hacia ella. Seguía enhiesta en la cama, con los brazos pegados al yerto cuerpo, con aquel mechón tieso de pelo blanco pegado a la frente. Su piel era del color de la luz, del mismo color del plato en el que le habían traído un vaso de agua. Los huesos de su cara se le habían salido. Toda la cabeza parecía ahora desligada del resto de su cuerpo, como la flor del girasol.

De pronto, del cuarto desaparecieron todas las imágenes reales. Solo quedó mamá, rodeada de una luz blanca brillante. Su cara se hacía cada vez más pequeña, hasta que parecía disolverse. Luego la luz se hizo anaranjada y el aire olía a orines. La muerte estaba por todas partes ahora.

Me senté en un rincón. Por un largo rato permanecí en silencio, consciente de su presencia pero sin mirarla. Consciente de que su cuerpo ya había comenzado una eternidad de descomposición. En teoría, cuando se va la vida solo puede quedar dolor. La única posibilidad es sufrir. Las personas sufren, el mundo no; el mundo sigue adelante en perfecta indiferencia. Aquellas paredes blancas eran tan indiferentes como el mundo.

Me resistí todo lo que pude, pero llegó un momento en que tuve que aceptar que sentía dolor. Me sentía confuso. No entendía nada.

Tenía tantas preguntas: ¿Por qué duele tanto perder a una madre cuando durante casi toda la vida nos fue indiferente e incluso llegamos a preguntarnos tantas veces si nos unían lazos de amor o de simple agradecimiento

de hijo bien nacido? ¿Por qué duele tanto? ¿Será que por años se anidaron en el alma sentimientos de culpabilidad y la muerte los hizo descarnarse para que el intelecto los digiriera? Era más fácil seguir indiferente, porque la indiferencia es ausencia de pasión e impide el sufrimiento, aunque también puede impedir el pensamiento (que es peor). ¡Qué lindo hubiera sido poder decir algo como: "Se fue, pero nos dejó un espíritu alegre para que nos acompañara para siempre!" Pero no, ella no conoció la alegría, tal vez la conoció un día, pero después se le olvidó que existía.

A pesar de todo, la separación era mucho más fácil que la partida. Generalmente es así. La partida siempre duele y se supone que la partida de una madre duele mucho más. La separación se soporta. Además, como sea, la muerte en sí es terriblemente impresionante y conmovedora.

Mi relación con mi madre siempre fue incoherente y paradójica. Muchas veces quise analizar, sin suerte, mis verdaderos sentimientos hacia ella. Ahora iba a tener que seguir recordándola como realmente era y no como yo quisiera que hubiera sido. Ni siquiera en mi mente podía ya hacerla diferente o convertirla en otra.

Una vez pasadas las primeras impresiones propias del momento volví bruscamente a la realidad para enfocar lo que quedaba de ella tendida en su lecho de muerte. Parecía tan menuda. Quería tocar su cabeza. Sus ojos estaban cerrados y su mandíbula ligeramente abierta, como intentando coger un poco del aire que nunca más será suyo. El poco pelo que le quedaba estaba rígido y frío. Era extraño; ¿sería posible que después de tantos años sintiera el deseo de acariciarla? Sus mejillas también estaban frías, duras, rígidas, hundidas entre sus huesos. Acerqué mis labios a ellas; juzgué que era necesario besarlas. Un beso podía ayudar a romper la inexpugnable barrera que levantó el tiempo. Le cogí ambas manos y las coloqué encima de

su pecho. Entonces bese sus mejillas, pero no sentí nada. Después se me salieron unas lágrimas que resbalaron por su frente yerta.

—Perdón, perdón. Lo siento, lo siento... —le dije—, perdona porque un día dejé de necesitarte. Descansa mamá, descansa.

Mi parte racional me decía: “¿Qué haces? ¿Para qué necesitas ahora el perdón de estos despojos fríos e inertes?”

Todo formaba parte de la confusión del momento. Tal vez no quería pedir perdón, sino que me pasaran toda la película de nuevo, desde el comienzo, para ver qué cambios le haría. Quizás entonces podría explicarme por qué el recuerdo de mi madre había estado siempre unido a tanta agresividad abierta o soterrada (que es la peor), que parecía salir de una parte recóndita del alma y que nunca había podido manejar.

La vida es demasiado corta y no deja tiempo ni sabiduría para editarla de forma que se pueda amar a quienes nos desairaron y renegar de quienes nos amaron. Quien no lo hiciera a su debido tiempo, debe llevarse para el más allá lo bueno y lo malo recogido o heredado, como su equipaje y su legado. Ya no hay tiempo para extemporáneos perdones o inexpressadas querencias.

Siempre la llevé conmigo en la vida como una viva y poderosa compulsión. La tenía siempre en su capítulo vital de grandes obsesiones. Con frecuencia me pregunté a mí mismo si alguna vez la quise. Realmente nunca lo supe. Se supone que todo el mundo debe amar a su madre natural y automáticamente. Amar a quien nos dio la vida es un instinto en el humano y dicho instinto se refuerza incansablemente en la literatura tradicional cuando emociona al lector con relatos imperecederos e incondicionales de amor filial. Hay relatos de hijos que fueron apaleados brutalmente por

madres alcohólicas y locas, que los encerraban en habitaciones por días, sin comer y sin embargo nunca perdieron el amor por su madre.

Yo pensaba mucho en esos casos y llegaba a experimentar preocupación y angustia al respecto. Creía que quien no ama a su madre tenía que ser un hijo desnaturalizado, inhumano, desalmado y monstruosamente desagradecido. Pero con el tiempo llegué a la conclusión que ese amor no es automático, instintivo, ni forma parte de la naturaleza humana. Los padres deben ganarse el amor de los hijos (y viceversa). Admiraba muchas de sus cualidades, le agradecía que me hubiera dado la vida a costa, incluso, de sufrimientos y dolores. Le agradecía muchísimo sus cuidados y tantos sacrificios que demanda la crianza de un hijo. Le agradecía que le hubiera ayudado a mi padre a surgir en la vida. Pero, a pesar de todos los agradecimientos posibles, no sentí nunca un profundo amor hacia ella. Al final no me sentía responsable de nada porque me daba cuenta de que los sentimientos suelen ser mutuos y que durante la mayor parte de su vida no me favoreció con su amor. No quisiera que nada malo le pasara, pero no la adoraba. Tampoco llegué nunca a odiarla. Sencillamente la dejé a un lado sin soltarla del todo.

En todo caso, el hecho de haberme costado tantos años de esfuerzo poder solucionar mis problemas con ella fue siempre clara evidencia de mis dificultades para madurar. Nunca supe manejar esa relación; lo único cierto es que la idea de sentirla ligada a mí, en alguna forma, me provocaba una gran hostilidad.

Una vez pasados aquellos tenebrosos momentos, los pensamientos paulatinamente se aclaraban. Lo importante era que se había roto el encanto: su muerte nos había liberado a ambos. Ya no teníamos que elegir ni esperar. Se resolvió la cábala, se cumplieron los designios: fuimos uno

al nacer y otra vez uno al morir ella. Ella me trajo al mundo en sus brazos y lo dejó en los míos. Una cosa por otra, como se pagan todos los favores. Al final nada nos dimos ni debimos. Yo volví a ser uno, pero ya sin ella. Ya no fui más el huérfano que siempre fui. Fui otro. Sigo siendo otro. Ya pude ser diferente.

¡Allí quedó tan muerta!

Me desprendí completamente de ella y salí a buscar un teléfono para llamar a mi hermano. Al salir me di cuenta de que era de noche. No tenía idea de las horas que habían pasado. Ni siquiera sabía el día de la semana, pero tampoco me importaba. Atravesé la calle interna de la clínica hasta el estacionamiento iluminado a medias y tan lúgubre como el cielo que amenazaba lluvia y se vestía de unas nubes intimidantes. Caminaba lento entre los autos militarmente estacionados unos al lado de otros, como un zombi aturdido y sin rumbo fijo. A mi izquierda veía la sala de emergencia a través de unas grandes puertas de cristales opacos que lucían estampada una cruz azul. Adentro brillaba una luz fluorescente tan blanca que insultaba los sentidos. Los automóviles se movían como peces lentos dentro de una gran pecera de asfalto caliente. Un par de viejos caminaban hacia las puertas, despacio, despacio, toda la vida se les había vuelto más lenta. Pensé en la injusticia de aquellos viejos que tienen que pasar tanto tiempo esperando que las enfermedades y la descomposición les permita vivir unos cuantos años o meses más; aferrarse a lo que les quede o a quienes les queden. Pensé si también a ellos los habían puesto en este mundo para querer a personas que en realidad no llegaron nunca a querer.

Mamá había especificado en su testamento que incinerasen sus restos y esparcieran sus cenizas en lo más alto de un monte gallego, donde se pudiera ver el mar. Era necesario, decía ella, que el ser humano (o lo que quedase de

este) volviese un día a su origen y punto de partida. A los pocos días me fui con mi hermano a Galicia a cumplir con su voluntad. Después brindamos por ella con una botella de vino de la tierra de sus antepasados. Nos tomamos un par de copas y lo que sobró lo vertimos al mar, para que se mezclara con sus cenizas y con nuestras lágrimas. Ambos lloramos de recuerdos y de añoranzas. No sabíamos si llorábamos por la tristeza que nos causaba la muerte de nuestra madre o porque se nos estaban yendo los años y no estábamos seguros de haber realmente vivido.

En una servilleta manchada de aceite, aquel día me sentí poeta y escribí un recuerdo:

*“El olvido volverá a juntarnos,
tal vez un sueño.
Por ahora adiós para siempre.”*

Varias semanas después de su muerte, sentado en la cocina de mi casa, repasaba las amarillentas y empolvadas páginas de aquel librote con anillos, de pasta de tela desteñida, donde ella guardaba las recetas de miles de platos que nos cocinó durante toda su vida. De repente sentí una forma diferente de soledad; la sensación que deja darse cuenta de que las personas y los seres que más se quieren no son como las cosas materiales. Fue la primera vez que sentí como adulto que mamá, en cierta forma, me hacía falta. Generalmente echamos de menos lo que queremos echar de menos, aunque no corresponda a la realidad o a un proceso formal o objetivo de análisis de las circunstancias.

Ahora, la verdad es que no sé si quiero echarla de menos. Ya es demasiado tarde. Ya no puedo revivir el pasado como si fuera otra película con un argumento diferente (más de acuerdo con lo que hubiera querido que fuera).

En lo que a ella respecta, yo perdí todas las oportunidades para hacer revisiones o dar marcha atrás. No habría

reivindicaciones ni apologías. No puedo hablar bien de ella. Solo hay que seguir viviendo y cargar de la mejor manera posible con el pesado equipaje de los pecados propios. Sí le deseo de todo corazón que el último proceso divino de contar, pesar y dividir le fuese favorable.

Acerca del autor

Rafael Ruano Mariño nació en El Ferrol, España, en 1940. En 1944 la familia se trasladó a Puerto Limón donde su padre cumplió el encargo de organizar la descentralización de los servicios médicos del Seguro Social durante el gobierno del Dr. Calderón Guardia. Allí cursó sus estudios primarios. El bachillerato lo terminó en el Colegio St. Francis de Moravia. Se especializó en Psicología Clínica en los Estados Unidos y en la Universidad Complutense de Madrid. Regresó al país y trabajó varios años como psicólogo en el Hospital Psiquiátrico Manuel Antonio Chapuí y en su práctica privada. Más tarde realizó estudios post-doctorales en el Departamento de Psicología Clínica del Charity Hospital de New Orleans.

Después de muchos años de preparación académica, encontró su verdadera vocación y pasión personal: la enseñanza. Durante más de 30 años, en su condición de Catedrático, impartió diferentes cursos psicología en la Universidad de Costa Rica y en la Universidad Nacional y ocupó diferentes cargos administrativos. Además, desde los años 60 formó parte activa y destacada del primer equipo de profesionales latinoamericanos que en diferentes medios de comunicación y en foros nacionales y extranjeros empezó a crear conciencia acerca de la importancia de la familia como origen de la verdadera educación sexual integral y de la paternidad responsable y consecuente. Fue asesor y consultor de varias instituciones

internacionales, tales como la Federación Internacional de Planificación Familiar, el Centro de Población de las Naciones Unidas y otras. Llegó a ocupar el cargo de Presidente de la Asociación Latinoamericana de Educación Sexual y Miembro Fundador de la Asociación Panamericana de Profesionales en Salud Reproductiva, entre otros cargos en diferentes entidades latinoamericanas. Es autor de una vasta obra de publicaciones en el campo de la psicología, de la investigación psicosocial y específicamente sobre el tema de la Vida en Familia.

Como complemento de sus actividades profesionales y como producto de su exacerbada sensibilidad, desde muy temprana edad cultivó el arte de la pintura y la escritura. Anotaba todo lo que acaecía en torno a él. Recolectó recuerdos, anécdotas, añoranzas, sentimientos y planes de vida. Intentó dibujarlos o plasmarlos en sus lienzos y otras veces los escribió en papeles inconexos o en cuadernos cuyas hojas el tiempo tiñó de sepia. Algunas veces incluso se aventuró en el campo de la poesía.

Su primera novela, Cuando Mueren las Luciérnagas, es una extracción hecha durante varios años, con paciencia y esfuerzo, de vivencias personales y familiares cargadas de dolor, alegría, remordimiento, triunfo, derrota y realidades propias de la condición humana narrada con una pizca de irrealdad salpicada de fantasía.

Actualmente vive, escribe, lee y pinta en Carolina del Norte, Estados Unidos.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

La vida no es una sucesión de hechos ordenados por la lógica y la coherencia. Por el contrario, está construida por acontecimientos caóticos que aparecen y se esfuman sin explicación y sin sentido.

Lo que puede contarse o decirse de la ella, como lo hace Rafael Ruano Mariño en este libro, es lo que aflora de recuerdos subjetivos que enmascaran hechos o situaciones dolorosas (o los muestran hasta sangrarse) y enaltecen situaciones que fueron, o que deseamos hubiesen sido, placenteras.

Cuando mueren las luciérnagas es la historia del desarraigo. Sus personajes no supieron, o no pudieron, sujetarse a la parte de la historia que les tocó vivir.

Antonio Robles, culto, elegante, seductor, se ve obligado a dejar su profesión de médico para sobrevivir en el destierro de una cárcel africana, de donde huye como polizón en la bodega de un barco de carga. Mientras tanto, Olivia lleva el fruto del amor de Antonio en sus entrañas, y, emigra de Monteiro, su pueblito gallego frente al mar, a Cuba.

El fluir de los acontecimientos los lleva a Costa Rica donde Antonio recupera y triunfa en su profesión, Olivia vive amargada y Roberto Robles Castro, el protagonista de esta historia, crece sin alegría, con una infancia solitaria (solamente entibiada por la presencia de la abuela), una adolescencia traumática y turbulenta donde la figura paterna (inalcanzable) lo atormentará hasta el final de sus días.

Roberto es la encarnación del desarraigo que vivieron sus padres, desarraigo que trasladó a cada momento de su azarosa vida construida (o destruida) a través de un mal matrimonio, la soledad, la separación de sus hijas y el desamor de la madre hasta en su lecho de muerte. Esto constituye la trama de un libro que atrapa por la crudeza y profundidad del relato, como así también por las reflexiones filosóficas en las que en ciertos momentos son enfrentados sus personajes.

La suma de estos hechos, a propósito fragmentados por el autor, nos pone frente a una obra que parece reflejada en un espejo deformante, escrita sobre el agua y plasmada con dolor sobre el papel. Lo celebramos en el placer de su lectura ya que como todo lo que está hecho de palabras, está vivo.

Luis María Aller Atucha
Pinamar, Buenos Aires, Argentina